

PETER. JAMES

SIGLOS DE OSCURIDAD

Desafío a la cronología
tradicional del mundo antiguo

con la colaboración de

I. J. THORPE, NIKOS KOKKINOS,
ROBERT MORKOT, JOHN FRANKISH

1. EVOLUCIÓN DE LA CRONOLOGIA DEL MUNDO ANTIGUO

En julio de 1953 Richard Atkinson, director de las excavaciones de Stonehenge, estaba fotografiando un graffito del siglo XVII realizado sobre uno de los enormes monolitos cuando percibió el contorno, débilmente grabado, de «un puñal con empuñadura apuntando hacia el suelo». En su opinión, este descubrimiento casual constituía «el primer testimonio directo de la fecha de construcción de las piedras monolíticas de Stonehenge».

Pese a la fascinación que desde hace tiempo ha ejercido sobre anticuarios y arqueólogos, el monumento de Stonehenge ha sido siempre difícil de datar. La complejidad de sus muchas fases de construcción, empleando tanto basalto traído desde Gales hasta la llanura de Salisbury como la piedra local, indica que sólo podrían hacerse estimaciones muy amplias acerca de su antigüedad. Al identificar el puñal con un tipo fechado en el siglo XVI a.C. procedente de la civilización micénica, en Grecia, bien datada históricamente, Atkinson argumentaba que, dado que no se conocen ejemplares de este tipo de puñal «en Gran Bretaña o incluso en el noroeste de Europa, es razonable suponer que dicho grabado fue ejecutado en Stonehenge durante la vida de alguien familiarizado con esta clase de arma en su patria; en otras palabras, no más tarde de 1470 a.C.»¹

Esta fecha concreta fue bien recibida por los prehistoriadores británicos. Éstos ya habían deducido que las últimas fases de Stonehenge habían sido erigidas durante la edad del bronce por los jefes de la cultura de Wessex, cuyos ricos enterramientos en túmulos que salpicaban el paisaje alrededor del monumento habían atraído a los excavadores desde los primeros tiempos de la arqueología. Además de la cerámica local y objetos de bronce, estas aristocráticas tumbas contenían ámbar y joyas de fayenza, objetos de oro y de hueso tallados: un ajuar exótico e inusual que se tomó como prueba de la existencia de comercio entre Gran Bretaña y el mundo micénico.² Atkinson se lanzó a especular aún más, transformando el nuevo eslabón entre Wessex y el Egeo en una conexión con profundas repercusiones. Para él, el puñal era una evidencia de que «el arquitecto del monumento era micénico». Aunque se le señaló que las técnicas utilizadas en Stonehenge no aparecían en la arquitectura micénica, Atkinson siguió afirmando que era «seguramente más apropiado considerarlas correo producto de la relativamente desarrollada civilización de Micenas que como fruto de la aristocracia esencialmente bárbara, pese a su éxito comercial, propia de nuestra nativa cultura de Wessex».³

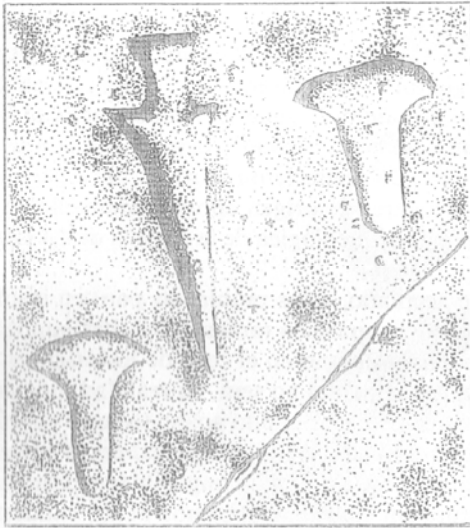


FIGURA 1.1. El polémico puñal de Stonehenge, flanqueado por dos hachas de comienzos de la edad del bronce (según Atkinson, 1978).

Un segundo puñal grabado apareció más tarde, en el mismo año de 1953. Ya en 1956, Atkinson había desarrollado una fabulosa teoría según la cual «el arquitecto» de Stonehenge había sido comisionado por «algún príncipe micénico viajero», el cual, tras haberse apoderado de un reino en Wessex, fue enterrado cerca de Avebury, «en la tranquila oscuridad de una bóveda monolítica bajo el túmulo de Silbury Hill», el mayor túmulo artificial de Europa.⁴

Ahora sabemos que, lejos de ser un descubrimiento decisivo, dicho hallazgo llevó en realidad a Atkinson a cometer un error de drásticas consecuencias en la datación arqueológica, error que distorsionó seriamente, y durante muchos años, nuestra interpretación de Stonehenge. La datación por radiocarbono (véase el Apéndice 1) ha demostrado la magnitud de su equivocación, aceptándose actualmente que el círculo monolítico de Stonehenge fue erigido hacia el 2000 a.C.⁵ La discrepancia es aún mayor en lo que se refiere a Silbury Hill, donde excavaciones posteriores de Atkinson no pudieron descubrir ningún enterramiento, aunque proporcionaron fechas mediante el método del radiocarbono que situaron su construcción antes del 2700 a.C., mil años anterior a cualquier príncipe micénico, sin mencionar a su imaginario constructor de Stonehenge.⁶

En cualquier caso, la comparación de Atkinson entre los puñales micénicos y los grabados de Stonehenge apenas justifica su descripción como un monumento micénico. Anthony Harding, autor de la obra clásica *The Mycenaeans and Europe*, es mucho más realista:

... parece extraordinario que grabados erosionados de tal ambigüedad fueran comparados con un modelo más bien raro localizado a miles de kilómetros ... Considerándolo todo, hace falta una fe ciega para detectar cualquier similitud real con los puñales micénicos.⁷

Por último, aun si fuera posible establecer una identificación precisa del estilo, origen (y, por tanto, fecha) de los puñales de Stonehenge, tendríamos que ser prudentes. Sólo nos indicaría que el círculo de piedra existía ya antes que los grabados. El intervalo de tiempo entre ambos pudo ser muy amplio. La explicación, irónicamente, radica en la inscripción del siglo XVII d.C. que indujo a Atkinson a fotografiar la piedra. Añadir graffiti a monumentos ya existentes es una práctica consagrada por el tiempo, algo que aquél desgraciadamente olvidó en su excitación al descubrir un «eslabón micénico» con Stonehenge.

CRONOLOGÍA: LA COLUMNA VERTEBRAL DE LA HISTORIA

El caso de Atkinson subraya hasta qué punto es importante asegurarse del orden relativo de los acontecimientos del pasado. Sin este conocimiento, llegar a conclusiones sobre sucesos importantes como la construcción de Stonehenge es obviamente un ejercicio peligroso.

Hasta hace poco se creía que el cobre fue fundido y trabajado por primera vez entre las «grandes civilizaciones» de Egipto y Sumer (actual Irak) hacia el 3500 a.C., a pesar de que, sorprendentemente, en ninguna de estas regiones se encuentra cobre. Por el contrario, se pensaba que aquellas zonas europeas con ricos depósitos minerales desarrollaron sólo más tarde la tecnología necesaria para explotarlos. Incluso se pensó que la industria del cobre de los Balcanes, la más antigua de Europa, había sido estimulada

por prospectores procedentes del Próximo Oriente. Este hecho fue considerado como «un ejemplo notable» de la naturaleza innovadora de las culturas egipcia y sumeria.⁸ Pero la teoría del origen en el Próximo Oriente ha sido descartada gracias a una serie de fechas obtenidas por radiocarbono, que establecieron, sin duda alguna, que el trabajo del cobre había comenzado en los Balcanes hacia el 4500 a.C. La nueva datación permite establecer un esquema más lógico, en el que la metalurgia se extiende desde las regiones que poseen las materias primas requeridas hacia zonas que dependen, para su abastecimiento, del exterior.⁹

Así, la datación relativa, en su nivel más simple, gira en torno a si A ocurrió antes que B, o B antes que A. En arqueología, sin embargo, muchos problemas no están tan claros como el ejemplo de la metalurgia del cobre. A menudo resulta difícil elegir acontecimientos concretos del pasado y situarlos en una secuencia unificada. Un ejemplo clásico se refiere a la inevitable comparación entre la poesía arcaica hebrea y la literatura egipcia. Como ha reconocido, entre otros, el egiptólogo Donald Redford, existe un estrecho paralelismo entre un salmo tradicionalmente atribuido al rey David, del siglo X a.C., y un himno escrito durante el reinado del faraón Ajenatón, fechado convencionalmente en el siglo XIV a.C.:

El salmo 104 del Libro de los Salmos hebreo presenta una asombrosa semejanza con el Himno al Disco Solar grabado en ... la necrópolis de Ajetatón. Una comparación entre ambos textos revela que el salmo 104 está claramente inspirado en el Himno al Disco Solar.¹⁰

El hiatus de tiempo entre estos dos textos ha desconcertado a muchos estudiosos. Además, las ideas casi monoteístas expuestas en el himno de Ajenatón han dado lugar a numerosas teorías que se refieren a su posible relación con una figura muy anterior de la historia hebrea, Moisés el legislador. Sigmund Freud, creador del psicoanálisis, fascinado por la personalidad de estas dos grandes figuras, escribió un libro en el que proponía que fueron contemporáneas,¹¹ una teoría aceptable para los arqueólogos de principios del siglo XX, pero que ahora, acertadamente o no, está descartada. Existe una conexión clara entre la poesía del antiguo Egipto y la hebrea pero, hasta que estemos absolutamente seguros del orden relativo de Ajenatón, Moisés y David y de los acontecimientos religiosos correspondientes, decir algo más resultaría pura especulación.

Estos problemas demuestran el valor de la cronología relativa, pero la datación absoluta es igualmente importante. Sólo mediante ésta es posible seguir los pasos del desarrollo tecnológico, social, religioso, cultural, etc. Como ha observado sir Mortimer Wheeler, «sin una cronología absoluta ... no puede estimarse la fluctuación temporal de los logros humanos».¹²

La cronología actual para el mundo antiguo ha conseguido proporcionar una amplia secuencia que permite comprender la interacción de diferentes culturas. Sin embargo, ciertas etapas están llenas de inexplicables anomalías. La más notable de estas fases es la «Edad Oscura», que afectó al mundo antiguo tras la caída de la civilización de la edad del bronce, y que conforma el centro de una vasta cadena de eternos enigmas históricos todavía sin resolver.

¿Por qué; por ejemplo, los griegos del siglo VIII se apropiaron de un alfabeto fenicio que databa de 300 años antes? ¿Por qué los chipriotas y los babilonios no dejaron prácticamente ninguna evidencia de escritura durante 300 años, para continuar usando básicamente los mismos signos después?

¿Por qué bronces hechos en Chipre durante el siglo XII a.C. aparecen con frecuencia en otros lugares en yacimientos del siglo IX o posteriores? ¿Cómo se explica que objetos de los faraones egipcios de los siglos X y IX se encuentran siempre en contextos de otros países 100 a 200 años más tarde? ¿Cuál fue la causa del vacío existente entre 1175 y 850 a.C. en la aparentemente continua tradición del trabajo del marfil en el Mediterráneo oriental? ¿Por qué los niveles de la edad del hierro en Israel no reflejan en absoluto la «Edad de Oro» del rey Salomón?

Los interrogantes no terminan aquí. ¿Cuándo tuvo lugar la colonización fenicia de Occidente, en el siglo XII o en el VIII a.C.? ¿Por qué los arqueólogos no se ponen de acuerdo sobre la fecha de los primeros vestigios de Roma, fundada, según la tradición, hacia el 750 a.C.? ¿Dónde están los restos arqueológicos de los pobladores de Sicilia que fueron expulsados por los colonos griegos en el siglo VIII a.C.?

Hay enigmas aún más insolubles que se refieren al hecho de que los reyes hititas y la civilización de Siria surgieron de antepasados que habían desaparecido sin dejar rastro cerca de tres siglos antes. Y ¿qué sucedió en realidad con el pueblo de Nubia, que aparentemente se desvaneció y regresó con la misma cultura material 250 años más tarde? ¿Desaparecieron también los troyanos y los elamitas para reaparecer en

sus lugares de origen aproximadamente en la misma época? ¿Dónde está la evidencia arqueológica de la llegada de los israelitas a Palestina?

Según el esquema actualmente aceptado, estos problemas parecen insolubles. Al llegar a este punto en la historia aparecen tantas anomalías interrelacionadas que empezamos a preguntarnos, como en el caso de los orígenes de la metalurgia del cobre, si la causa fundamental no será, en realidad, una cronología equivocada. Aun así, este constituye un período aparentemente tan bien reconstruido que los desacuerdos sobre fechas se limitan normalmente a lapsos de tiempo de una o dos décadas, como mucho. Resulta imposible realizar cualquier cambio radical en la estructura sin cuestionar algunos de los supuestos básicos del esquema establecido. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿cómo se desarrolló en un principio la cronología actual del mundo antiguo?

CREACIÓN Y CRONOLOGÍA

Es un lugar común en los manuales de historia de la arqueología comenzar con una chanza sobre James Ussher, arzobispo de Armagh en el siglo XVII, quien se las arregló para fechar la creación del mundo precisamente en el año 4004 a.C. Aunque sus conclusiones puedan parecer extravagantes según las normas actuales, sus métodos estaban enteramente en consonancia con las reglas de la erudición del siglo XVII. Ussher se limitó a utilizar la fuente de mayor autoridad disponible, el Antiguo Testamento, e hizo un cálculo retrospectivo de las cifras que en él se dan relativas a la historia de los hebreos hasta la época de Adán.¹³ Algunos de los contemporáneos de Ussher fueron aun más allá. El doctor John Lightfoot, por ejemplo, autor de la maravilla titulada *A Few and New Observations on the Book of Genesis, the most of them certain, the rest probable, all harmless, strange and rarely heard of before* (1642), situó el comienzo del mundo en el equinoccio de septiembre. Posteriormente, ajustó su cálculo de modo que coincidiera con el inicio del año académico en Cambridge (de donde, casualmente, era vicescanciller), fechando la creación exactamente a las 9 de la mañana del 23 de octubre.

El veredicto de Ussher «fue ampliamente saludado como definitivo; sus fechas se insertaron en los márgenes de la versión autorizada de la Biblia inglesa, y muy pronto hasta llegaron a considerarse tan inspiradas como el mismo texto sagrado». ¹⁴ En efecto, sus cálculos son aceptados aún hoy por algunos fundamentalistas bíblicos. Las dos fechas de 4004 a.C para la creación y 2348 a.C. para el Diluvio Universal, proporcionadas por Ussher y santificadas mediante su inclusión en la Biblia, supusieron puntos inamovibles de cualquier cronología. Ningún monumento arqueológico pudo, posiblemente, haber sobrevivido al Diluvio; las criaturas extinguidas conocidas por los hallazgos fósiles podían explicarse si se relegaban sólo a una era antediluviana anterior a Noé.



FIGURA 1.2. José Justo Escalígero, de la Universidad de Leiden, Países Bajos (Sandys, 1908).

Los primeros estudiosos de la cronología tuvieron que trabajar con estas restricciones si no querían caer en afirmaciones heréticas. Este fue el problema insoluble al que se enfrentó José Justo Escalígero (1540-1609), el mayor erudito protestante de su tiempo. Fue el primero en hacer un estudio

sistemático y crítico del material cronológico contenido en la Biblia junto con el del mundo clásico pagano, Rechazó las dudosas compilaciones medievales en las que con frecuencia se basaban los historiadores rivales del Renacimiento, e insistió en trabajar sólo con las fuentes más antiguas. A partir de éstas, desarrolló una cronología que, para su tiempo, era a la vez coherente y global.¹⁵

La autoridad de los meticulosos estudios de Escalígero fue generalmente reconocida; aun así, las conclusiones a que llegó en su segunda gran obra, el *Thesaurus temporum* (1606), parecían imposibles de conciliar con una visión cristiana de la historia del mundo. Había recuperado un resumen bizantino de los escritos de Manetón, sacerdote greco-egipcio del siglo II a.C., que había recopilado una historia de Egipto remontándose hasta sus primeros reyes. Haciendo un cálculo a partir de la información de esta fuente sobre la duración de las treinta dinastías egipcias, Escalígero situó el comienzo de la primera dinastía en 5285 a.C. Para su consternación, resultó 1.336 años anterior a su propia fecha de la creación (3949 a.C.). Esto supuso un terrible dilema para Escalígero. La lista de Manetón constituía una valiosísima fuente de primera mano, pero parecía entrar directamente en conflicto con la «palabra» de la Biblia.

Su intento de salir de este dilema es tan vago como poco convincente. Postuló un período de tiempo «proléptico», es decir, de anticipación, antes de la creación; una absurda invención que explicaba supuestamente cómo unas dinastías históricas podían haber empezado mucho antes de lo que la Biblia parecía señalar. El descubrimiento de Manetón por parte de Escalígero fue celebrado por otros eruditos, aunque no la paradoja cronológica a que dio lugar. Algunos intentaron acortar la historia egipcia para hacerla coincidir con las fechas bíblicas, suponiendo simplemente que muchas de las dinastías registradas por Manetón reinaron al mismo tiempo en distintas partes de Egipto. Sólo más tarde otros decidieron que, después de todo, Adán no había sido el primer hombre.¹⁶

Después del Renacimiento, la camisa de fuerza intelectual que afectaba a la cronología bíblica se fue haciendo más holgada. Los eruditos especulaban con más libertad, y desarrollaban esquemas basados en la aceptación de la crónica dinástica de Manetón. Los límites impuestos por Ussher y la tradición bíblica a posibles cronologías fueron considerados cada vez más irrelevantes. Una voz que disintió de esta tendencia fue la de sir Isaac Newton (1642-1727). Contrariamente a la imagen actual del hombre y su obra, Newton escribió mucho más sobre teología, historia antigua y

cronología que sobre física o astronomía. Cristiano devoto, aunque heterodoxo, creía, por razones religiosas, que Israel tenía que haber sido el primer reino del mundo, y que existió mucho antes de la monarquía unificada de Egipto. En consecuencia, Newton afirmaba que los egipcios se habían

... jactado antiguamente de un gran imperio bajo sus reyes ... que llegaba hasta las Indias por el este, y por el oeste hasta el océano Atlántico, y por vanidad habían hecho a esta monarquía algunos miles de años más vieja que el mundo.¹⁷

Las objeciones de Newton tuvieron poco efecto, y ya en el siglo XVIII se había aceptado en general una cronología manetoniana provisional.¹⁸ El desciframiento de los jeroglíficos egipcios en 1822 por el joven y brillante erudito Jean-François Champollion hizo creer que la tarea consistía simplemente en rellenar con carne un esqueleto histórico previamente establecido. Los propios escritos de los antiguos egipcios eran ahora accesibles y nada en ellos parecía contradecir las fechas tomadas de Manetón.

ORDENAR EL PASADO

El mismo período vio cómo la arqueología, junto con la geología, daba sus primeros y vacilantes pasos hacia una disciplina científica. Anticuarios como sir Richard Colt Hoare y William Cunnington supusieron una ruptura radical con el pensamiento anterior. Ya no eran los autores clásicos y bíblicos las únicas guías para la interpretación de los tiempos prehistóricos. En su lugar, Colt Hoare antepuso la evidencia excavada, y en 1812, después de excavar cerca de trescientos túmulos de la edad del bronce (entre los que se cuentan los más ricos enterramientos de la cultura de Wessex), afirmó que: «hablamos de hechos, no de teorías».¹⁹

A pesar de todo, la influencia de los autores que escribían sobre la cronología era aún innegable. A falta de buenas razones para desafiar la fecha de Ussher del 2348 a.C. para el Diluvio, Colt Hoare y Cunnington tuvieron que asignar todos sus hallazgos a un período posterior al 1000 a.C.²⁰ Sin un concepto claro de una secuencia arqueológica anterior a los romanos, no había necesidad real de extender su material a través de un largo lapso de tiempo, como explica el historiador de la ciencia Bo Gräslund:

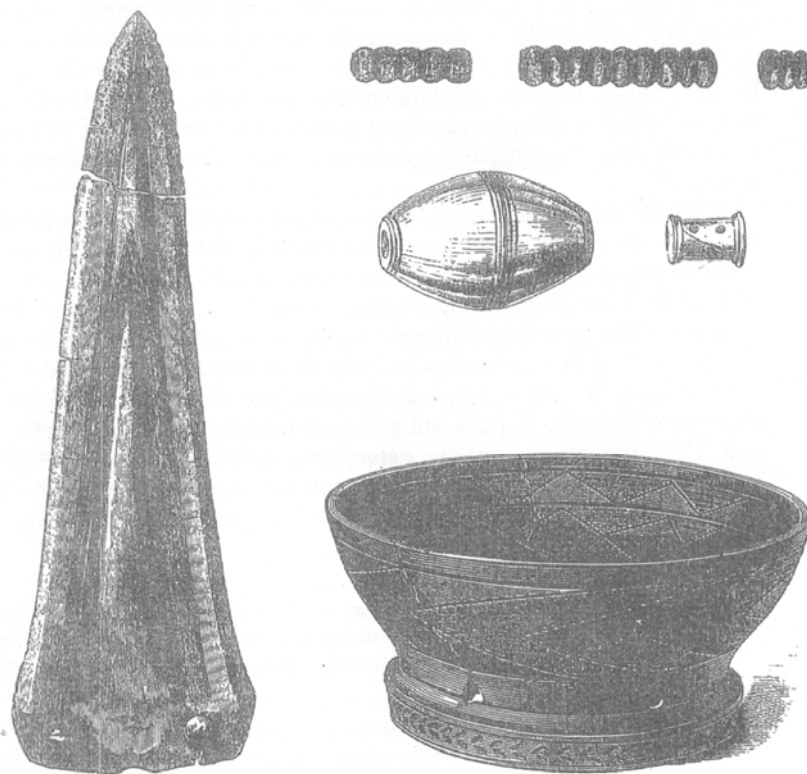


FIGURA 1.3. Puñal de bronce, cuentas de fayenza, adornos de oro y pequeña copa de cerámica. Procedentes de los túmulos de la cultura de Wessex (Thurnam, 1873).

Los primeros anticuarios no podían obtener conclusiones históricas correctas debido a la ausencia de datos cronológicos. Por ello, la tarea más importante de los primeros arqueólogos fue crear, a partir de un caos original, una división cronológica fiable de las fuentes arqueológicas.²¹

El descubrimiento vital para comprender el registro prehistórico lo hizo Christian Thomsen (1788-1865), rico hombre de negocios y coleccionista danés, que desarrolló el «sistema de las Tres Edades», basado en la sucesión tecnológica desde la piedra hasta el bronce y hasta el hierro. El método de Thomsen consistía en tomar nota cuidadosa sobre qué tipos de hallazgos prehistóricos eran descubiertos juntos y también de aquellos que no aparecían nunca asociados entre sí. Por este medio, construyó gradualmente una secuencia relativa del uso de diferentes tipos de artefactos, retrocediendo desde los hallados con monedas romanas hasta los restos dejados por los primeros agricultores. Thomsen presentó su sistema al mundo arqueológico en su Guía de la arqueología septentrional, publicada en Dinamarca en 1834 y traducida al inglés en 1848.²² Gracias a este nuevo esquema existía ya un camino razonable para ordenar los hallazgos prehistóricos. La amplia cronología de Thomsen fue acogida favorablemente en toda Europa en la década de los sesenta, cuando una continua llegada de nuevos hallazgos con firmó sus conclusiones.

La simple división por Thomsen de la historia en edades de piedra, bronce y hierro es todavía hoy la base de la clasificación arqueológica en todo el mundo, aunque, por supuesto, las diversas culturas de la Tierra atravesaron estos tres estadios en épocas diferentes. Desde Thomsen, la completa adecuación de esta terminología ha hecho que ésta se aleje a menudo de su sentido original: así, en el Mediterráneo oriental términos como «primera edad del hierro» fueron adoptados hace mucho tiempo para describir fases culturales que ahora son definidas, de hecho, por su cerámica. Ello no supone que el hierro fuera introducido por primera vez, ni siquiera que llegara a ser predominante, a principios de la «edad del hierro».

A medida que los primeros arqueólogos comenzaron a ordenar culturas prehistóricas en una secuencia cronológica, fue quedando cada vez más claro que el pasado del hombre se extendía más allá de la exigua escala temporal que permitían las fechas bíblicas de Ussher. Poco antes de la publicación del Origen de las especies de Darwin en 1859, científicos evolucionistas de la Real Sociedad y de la Sociedad de Anticuarios habían aceptado ya la idea de la gran antigüedad de la raza humana.²³ La cronología del Antiguo Testamento, junto con su relato de los orígenes del hombre, cayeron en descrédito. Fueron reemplazados por la teoría de la evolución y su equivalente social, una noción de progreso cultural constante desde el primitivo salvajismo hasta la sofisticación del hombre de la época victoriana, percibido naturalmente como la culminación del progreso humano.²⁴

La libertad conseguida al sacudirse las trabas de la cronología bíblica, combinada con el desarrollo de la prehistoria como disciplina, dieron un nuevo ímpetu a la investigación arqueológica en las últimas décadas del siglo XIX. Esto coincidió con la manía coleccionista de la era victoriana. Como señalaba un artículo en *Leisure Hour* de 1859, «hay colecciones de casi todo lo viejo bajo el sol: desde viejos potes y cazuelas, viejos metales, viejas piedras hasta cualquier cosa vieja».²⁵

UNA HISTORIA MONUMENTAL, PARA EGIPTO

La pasión victoriana por el coleccionismo fue progresivamente canalizada hacia campañas planificadas y financiadas de trabajo arqueológico de campo. La excavación de las necrópolis prehistóricas de Europa proporcionó grandes cantidades de material. La secuencia de Thomsen permitió la clasificación de estos hallazgos en un orden relativo, pero todavía seguían faltando los hitos en el tiempo.

El gran erudito sueco Oscar Montelius, que en 1885 elaboró una secuencia tipológica más perfeccionada para las culturas prehistóricas de la Europa central y septentrional, encontró una solución. Montelius pudo relacionar su cronología relativa europea con la secuencia de la edad del hierro italiana, la cual fechó mediante conexiones con la historia conocida de Grecia y el Próximo Oriente.²⁶ Sin embargo, los historiadores griegos de la Antigüedad no aportaban nada con respecto al período anterior al siglo VIII a.C. Fuera de esto poco más podía decirse. Hacía falta una norma a partir de la cual pudiera medirse la cronología de los primeros períodos de la prehistoria europea. Hubo que buscarla en el remoto Egipto, donde la arqueología podía ser relacionada con las fuentes escritas a lo largo de miles de años.

Durante el siglo XIX la arqueología egipcia fue sufriendo una transformación que fue desde el saqueo organizado de tumbas hasta la creación de una ciencia seria. En gran parte responsable de este cambio trascendental fue el arqueólogo inglés William Flinders Petrie. De su padre, ingeniero y devoto de la Hermandad de Plymouth, Petrie heredó una tendencia científica que quedó reflejada en una temprana pasión por la topografía. Ambos resultaron profundamente impresionados por la extravagante teoría de su amigo

Charles Piazzi Smyth, quien afirmaba que la geometría de la Gran Pirámide de Gizeh revelaba un sistema de medición de inspiración divina, basado en una «pulgada» curiosamente parecida a la inglesa.²⁷

La primera expedición de Petrie a Egipto, en 1880, tenía como objeto específico un nuevo levantamiento de la pirámide, en un intento de defender a Piazzi Smyth. Para completar el proyecto debía localizar los ángulos originales de la estructura, de modo que regresó a Egipto en 1881. Su excavación probó que la «pulgada de la pirámide» era un mito. El interés de Petrie en las excéntricas ideas de Piazzi Smyth se desvaneció rápidamente, y fue sustituido por una devoción hacia el pasado auténtico de Egipto que perduró toda su vida.

Después de otros trabajos en Gizeh hasta 1883, Petrie excavó numerosos yacimientos, incluyendo Naucratis y Dafne en el Delta y Gurob en el Fayum. A diferencia de muchos diletantes contemporáneos, que buscaban meramente papiros, inscripciones reales y oro en las tumbas de Egipto, Petrie se interesaba igualmente por el aspecto cotidiano de la arqueología egipcia: arquitectura doméstica y funeraria, trabajo en metal, escarabeos y, sobre todo, cerámica.

Petrie estableció una secuencia cerámica relacionada con fuentes escritas que desde la época de Cleopatra se remontaba hasta la dinastía I. Afortunadamente, los faraones tenían la costumbre de dejar sus nombres en los monumentos. A un nivel más modesto, eran frecuentes los escarabeos (pequeños amuletos en forma de escarabajo) con el nombre real, que tenían diversas funciones, entre otras una semejante a los sellos de correos de nuestra época (para documentos sellados), amuletos de la buena suerte u objetos conmemorativos para celebrar jubileos reales y otros grandes acontecimientos. Los años específicos de un reinado determinado aparecen en muchos textos oficiales, desde sellos para el vino destinado a palacio hasta registros de casos legales privados.

Con tanta riqueza de material a su disposición, a Petrie le resultó fácil relacionar su cronología arqueológica con un sistema de datación absoluta. La lista de dinastías de Manetón seguía proporcionando la estructura básica para la historia egipcia, con una novedad importante en la época de Petrie. Se trataba de una teoría sobre las distintas referencias en papiros egipcios a la estrella Sotis (más conocida entre nosotros como Sirio). El antiguo año egipcio «ideal» era aquel en el que la salida de Sotis, justo antes de la aurora, coincidía con la crecida anual del Nilo. Debido a que los egipcios

nunca introdujeron el año bisiesto, la fiesta de Año Nuevo ligada a la salida de Sotis inevitablemente iba cambiando de lugar en el calendario; sólo al cabo de 1.460 años el ciclo completaría otro año «ideal». Por ello parecía posible calcular la localización de un texto determinado dentro del «ciclo sotíaco», si éste mencionaba una salida de Sirio en un día concreto del calendario.²⁵

Desde mediados del siglo XVII se habían experimentado modelos para la «datación sotíaca» de la historia egipcia, pero todos ellos eran sumamente especulativos.²⁹ El sistema utilizado aún hoy es, en esencia, el establecido por el cronólogo Eduard Meyer en 1904, que depende de dos referencias sotíacas descubiertas poco antes: una alrededor de 1870 a.C., durante la dinastía XII, y otra de 1540 a.C., para la dinastía XVIII. En general, los egiptólogos estaban impresionados por el aura científica que la astronomía prestaba, aparentemente, a la teoría sotíaca. Cálculos diferentes produjeron resultados ligeramente distintos, pero lo bastante cercanos como para convencer a la gran mayoría acerca de los puntos centrales. Por ejemplo, el período del «Imperio Nuevo», de las dinastías XVIII a XX, pudo ser situado con bastante fiabilidad entre 1600 y 1100 a.C.³⁰

La elaboración que realizó Petrie de una cronología para la arqueología egipcia —utilizando el sistema dinástico de Manetón apoyado por los datos astronómicos— fue de importancia crucial para la investigación de la Europa antigua, ya que en los mismos años en que empezó su carrera como egiptólogo se estaban haciendo descubrimientos espectaculares en el Egeo.

LA «MÁSCARA DE AGAMENÓN»

En 1870, el rico comerciante Heinrich Schliemann, obsesionado por la epopeya de Troya, comenzó sus excavaciones en el montículo de Hissarlik, en el noroeste de Turquía." La mayoría de los arqueólogos estuvo de acuerdo en que había descubierto la ciudad cuyo largo asedio por los griegos había inspirado la poesía épica de Romero. Animado por el éxito, se trasladó a Grecia, donde, buscando a los héroes que lucharon en Troya, excavó los palacios y tumbas de Micenas y Tirinto.³²

La civilización micénica había sido descubierta, y, de acuerdo con Schliemann y muchos de sus contemporáneos, el relato homérico de la edad heroica de la guerra de Troya resultaba confirmado de forma espectacular. Los intentos de datación de Schliemann, no obstante, estaban condenados al fracaso. Tomando una máscara de oro de una de las tumbas de fosa de Micenas, se convenció de haber hallado la tumba de Agamenón, el rey que había dirigido la expedición de los griegos.³³ La ciencia actual fecha las tumbas de fosa varios siglos antes de la época de la guerra de Troya.

Con semejante planteamiento arbitrario de la cronología, no es sorprendente que Schliemann recibiera casi tanto desprecio como aplausos en la prensa popular y en la académica. Muchos clasicistas, algunos ocultando apenas su envidia, denunciaron su obra como un completo absurdo, o incluso como un fraude; otros afirmaron que había sobrestimado ampliamente la antigüedad de sus hallazgos, que pertenecían en realidad a la época posromana, al período de invasiones eslavas o incluso al imperio bizantino. Otras opiniones, más ecuanímes, pasaban por alto las afirmaciones más extravagantes de Schliemann y daban la bienvenida a sus descubrimientos.³⁴

Estas variadas reacciones a la obra de Schliemann ilustran el caótico estado de la cronología del Egeo en sus primeros días. Gradualmente resultó claro, tal como Schliemann y su ayudante y sucesor Wilhelm Dörpfeld demostraron, que sus descubrimientos en Troya y Micenas estaban relacionados con los vestigios clásicos y arcaicos de la historia documentada. Hacia 1900, sir Arthur Evans había desenterrado Cnosos, en Creta, y ofrecido más evidencias del peso de la civilización preclásica. La cultura minoica descrita por Evans era contemporánea de la de Micenas, como lo demuestra, por ejemplo, la cerámica micénica de Cnosos.³⁵ Las dos sociedades egeas más importantes habían sido descubiertas, pero hasta qué punto eran más antiguas que las de los tiempos históricos era una cuestión que dependía enteramente de sus nexos con Egipto.

EL GRAN DEBATE MICÉNICO

Petrie creyó que tenía la respuesta al dilema de los arqueólogos del Egeo. En 1885, en Naucratis, descubrió grandes cantidades de cerámica griega del período arcaico más tardío (siglo VI a.C.); Tell Defenneh (Dafne) produjo material griego más antiguo, hasta el siglo VII a.C. Por último, en Gurob encontró fragmentos de cerámica idénticos a los que Schliemann había hallado en Micenas, junto con restos egipcios de las dinastías XVIII y XIX, que, según la cronología tradicional, se situaban entre los siglos XVI a XII a.C. Una jubilosa anotación en el diario de Petrie, en marzo de 1889, hace referencia a que había encontrado

... uno de los grandes premios que habíamos estado esperando, los vestigios contemporáneos de las razas occidentales en sus contactos más tempranos con Egipto; una verdadera suerte desde el punto de vista histórico! En calidad, aunque no en cantidad, gana a Naucratis y Dafne. Qué extraño que estos tres yacimientos de la arqueología griega más antigua me hayan tocado a mí, sin pretenderlo, y en el orden preciso ³⁶

Petrie siguió hallando cerámica micénica en muchos otros yacimientos, siempre con material de las dinastías XVIII y XIX. En su opinión, no había otra alternativa que seguir las fechas egipcias y situar la civilización micénica exactamente en el segundo milenio a.C., entre 1600 y 1100 a.C. Petrie anunció sus conclusiones en un artículo fundamental de 1890:

... ahora la mayor luz sobre la cronología de las civilizaciones del Egeo viene de Egipto, y es a las fuentes egipcias a las que los arqueólogos deben agradecer su revelación de la situación real de las antigüedades de Grecia. ³⁷

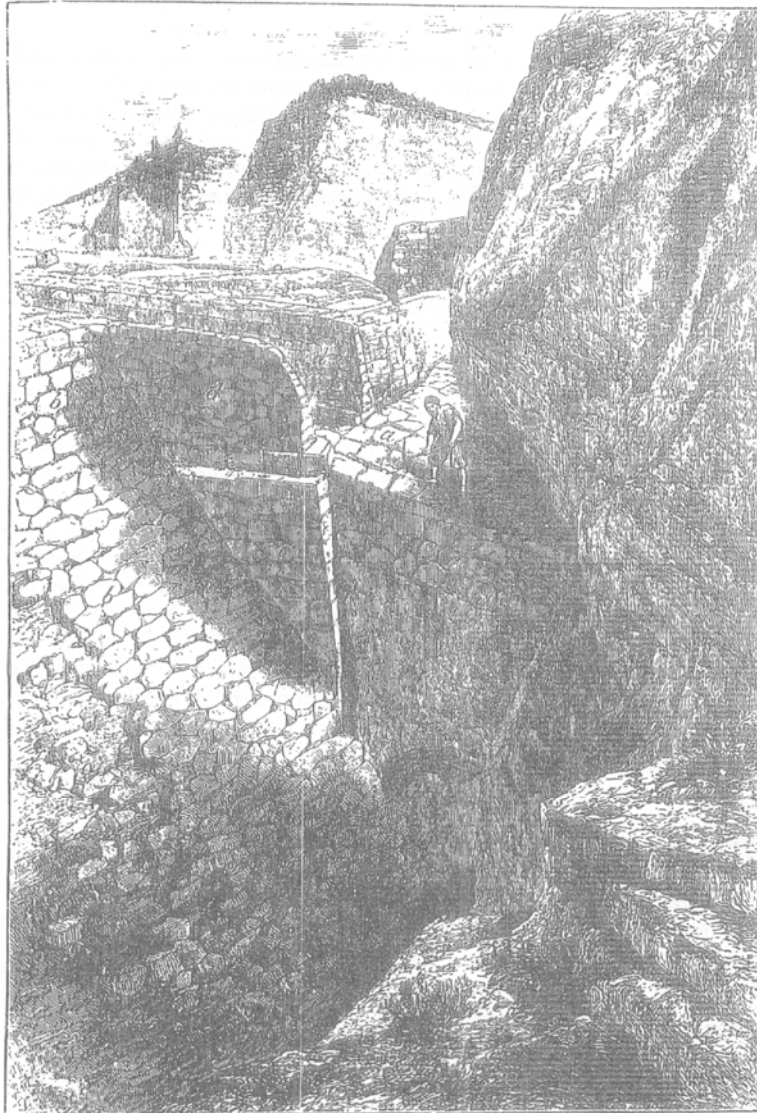


FIGURA 1.4. Las excavaciones de Schliemann en Troya consistían en profundos sondeos hechos por cuadrillas de trabajadores que usaban picos y palas (Schliemann, 1884).

Sin embargo, muchos de los eruditos aparentemente agradecidos rechazaron la oferta de ayuda de Petrie. Sus fechas derivadas de Egipto tuvieron el efecto extremadamente molesto de producir un enorme vacío entre el mundo micénico y el de las primeras ciudades-estado griegas del siglo VIII a.C. Antes era práctica común fechar el final de la civilización micénica en el 800 a.C., permitiendo la continuidad, o incluso el solapamiento, con el período geométrico posterior. Salió en defensa de la

datación más baja el historiador del mundo clásico Cecil Torr, quien emprendió un ininterrumpido ataque a las afirmaciones de Petrie. Después de cuatro años de ardientes intercambios en la prensa académica, la Cambridge University Press invitó a Torr a presentar su tesis de una manera más completa. Así lo hizo en 1896 con *Memphys and Mycenae*, que comienza con las siguientes palabras de rechazo: «Se ha admitido la declaración de que la época micénica en Grecia puede ser fijada definitivamente en el 1500 a.C., o en torno a esta fecha, basándose en la evidencia de las fuentes egipcias».³⁸

El ataque de Torr tenía caos frentes. En primer lugar, sometió los informes de excavación de Petrie a un bombardeo de críticas referentes a los contextos exactos de la cerámica micénica hallada en Egipto. Más importante fue su desafío a la visión de consenso de la cronología egipcia, por primera vez desde sir Isaac Newton. Al rechazar la datación sotíaca, Torr desarrolló su propio sistema, utilizando las fechas más altas conocidas del reinado de cada faraón y permitiendo grandes solapamientos entre algunas de las dinastías de Manetón. Su nueva cronología, mínima, dio fechas dos o tres siglos más bajas que las de Petrie, Meyer y otros egiptólogos: por ejemplo, mientras para éstos la dinastía XVIII empezaba en 1580 o 1530, para Torr lo hacía en 1271 a.C.

De este modo, según Torr, incluso si algunas de las conexiones declaradas entre Egipto y el Egeo eran válidas, no había necesidad alguna de hacer retroceder la cultura micénica hasta el 1500 a.C. Tampoco vio contradicción alguna con la idea de que ésta continuó hasta el siglo VIII a.C., mezclándose casi imperceptiblemente con la civilización de la Grecia arcaica y clásica. Los puntos de vista de Torr merecieron comentarios favorables de Jens Lieblein, el padre fundador de la egiptología sueca. En tanto que Torr y otros concentraron su fuego sobre el vacío que producirían los sincronismos de Petrie en la historia de Grecia, Lieblein amplió el debate hasta incluir problemas similares en el Próximo Oriente y el propio Egipto. Había compilado una obra sustancial que contenía toda la información genealógica disponible sobre la historia tardía de Egipto,³⁹ y a partir de ella sacó conclusiones notablemente semejantes a las de Torr. Las fechas admitidas para las dinastías XVIII-XX eran, insistía, unos 200 años demasiado elevadas. El error procedía de una malinterpretación de Manetón:

Nunca he comprendido la obstinación con la que los eruditos han dependido de la sucesión regular de las treinta dinastías de Manetón. Pese a que muchas voces de incontestable autoridad han protestado, el error sigue estando de moda en nuestros días.⁴⁰

También hizo notar que las fechas altas estaban introduciendo una innecesaria «Edad Oscura» en la historia de los hititas (véase el capítulo 6), cuyos vestigios habían sido identificados recientemente en Turquía: «... es el desafortunado establecimiento de una cronología egipcia errónea lo que ha causado la confusión y las dificultades» .⁴¹

El cri de coeur de Lieblein fue ignorado, al igual que la tenaz acción en retaguardia de Torr contra el progreso de la cronología alta de Petrie para Egipto y Micenas. La obra de ambos fue posteriormente relegada a la categoría de curiosidad histórica por tres razones. Primero, Torr estaba ciertamente equivocado al negar que la época micénica fuera contemporánea de las dinastías egipcias XVIII y XIX, ya que, cuando el debate se enardeció, nuevas excavaciones revelaron pruebas concluyentes de que los sincronismos de Petrie eran válidos. Segundo, la idea de una cronología baja era contraria a la tendencia, aceptada en la época, de adscribir la mayor antigüedad posible a Egipto y las civilizaciones vecinas. Los vestigios de los grandes reinos de Sumer, Babilonia y Asiria estaban siendo desenterrados de entre las arenas de Mesopotamia, y se les asignaban fechas extraordinariamente altas. A partir de datos astronómicos, Hammurabi, uno de los primeros legisladores de Babilonia, fue situado alrededor del 2100 a.C. (véase el Apéndice 3 para la posterior reducción de la cronología de este rey). Tercero, las historias de Egipto y Mesopotamia quedaban ahora relacionadas entre si gracias al descubrimiento de la correspondencia real (véase el capítulo 6), y dejaban sin efecto el desafío a la cronología egipcia aislada.

LACONEXIÓN ITALIANA

Los eruditos de finales del siglo pasado y comienzos de éste se sentían comprensiblemente ansiosos por encontrar alguna referencia histórica a los

pueblos de la Europa prehistórica. Como complemento a las conexiones arqueológicas de Petrie, se pensó que los llamados «Pueblos del Mar», que realizaron infructuosos ataques marítimos a Egipto a finales del bronce reciente, procedían del Mediterráneo septentrional. Los shardana, teresh, shekelesh y ekwesh mencionados en textos de la dinastía XIX fueron identificados con los primitivos sardos, etruscos, sicilianos y aqueos. George Rawlinson admitió que, «considerados aisladamente, las identificaciones son dudosas en casi todos los casos», pero en el mismo texto explicaba la atracción que tales equivalencias ejercían sobre su generación:

... la mayoría acepta la perspectiva como probablemente cercana a la verdad. Les encanta pensar que las naciones europeas, en una época tan lejana como el siglo XIII a.C., mostraban signos de su vigor inherente, poseían flotas, luchaban en combates navales y contendían con las más evolucionadas y poderosas monarquías de entonces ... Si no es verdad, debería serlo.⁴²

Obviamente, la idea de una gran antigüedad para la civilización europea, fomentada por el descubrimiento de Evans de la tecnología extraordinariamente avanzada de los antiguos cretenses, ejerció una atracción enorme. Por el contrario, las bajas fechas de Torr y de Lieblein para las civilizaciones micénica, minoica e hitita tienen que haber parecido avaras, pese a que intentaban rebajar también la cronología egipcia.

Una aproximación más prosaica a la antigua Europa fue la que llevó a cabo en Escandinavia Montelius, quien, junto con el joven arqueólogo alemán Paul Reinecke, sentó las bases de la cronología prehistórica europea. Sintetizando datos procedentes de diferentes regiones de la Europa septentrional y central, ambos desarrollaron un esquema general de cronología relativa dividido en fases sucesivas. Los arqueólogos escandinavos todavía ordenan su material de la edad del bronce según los períodos de Montelius I a VI. La división de las edades del bronce y del hierro de Europa central en períodos «Reinecke» A-D ha resistido también el paso del tiempo (véase el cuadro 1.1).

Intentando fijar su esquema a partir de fechas absolutas, recurrieron sobre una base razonablemente firme a la edad del hierro de Europa central. Esto se debió en gran parte al descubrimiento de los ricos enterramientos de Hallstatt, en un estrecho paso del extremo septentrional de los Alpes

austriacos, sobre un impresionante yacimiento de sal (véase la lámina 5). El papel vital de la sal en la economía de la Europa prehistórica se refleja en la necrópolis de los mineros, que presenta importaciones de países tan lejanos como los del Báltico y los del sur de Italia. Hacia 1900 se habían excavado cuidadosamente unas mil tumbas. El punto de partida para la cronología fue el de los objetos hechos en la Italia central (Etruria). Aquí, productos idénticos aparecían frecuentemente junto a cerámica griega, que podía fecharse con bastante seguridad desde el siglo VIII a.C. en adelante. Estos vínculos determinaron la vida de la necrópolis desde el 800 hasta el 400 a.C., en números redondos. Montelius y Reinecke, por tanto, pudieron utilizar los hallazgos de Hallstatt para fijar su secuencia relativa, y así la cronología absoluta comenzó a trazar su camino al norte de los Alpes.⁴³

Más allá de este punto, remontándose a las edades del hierro y después del bronce, las importaciones de material mediterráneo desaparecían. Ciertas conexiones se hallaron de nuevo en la primera edad del bronce europea, con aparentes similitudes entre el trabajo del bronce de la Europa central y oriental y el de los primeros micénicos. Se invocaron también comparaciones vagas entre determinados motivos decorativos, especialmente la espiral. Montelius reconoció la tenue naturaleza de esta evidencia, pero, a falta de algo mejor, se sintió obligado a seguirla. Llegada a este punto, y a pesar de su metódico enfoque, la escuela de Montelius no pudo escapar a los efectos de la revolución de Petrie en cronología, que había fechado en época más antigua el material egeo susceptible de comparación. Por consiguiente, la primera edad del bronce europea se situó a mediados del segundo milenio de modo que coincidiera con las fechas micénicas. Entre estos dos períodos de contacto, que ofrecían un firme sincronismo durante el hierro medio y conexiones más vagas durante la edad del bronce, hay una tierra de nadie.

LUZ DESDE EL ANTIGUO ORIENTE

En 1901 Petrie resumió los avances en la arqueología egipcia (de hecho, en gran parte obra suya) de esta manera:

Hace ahora veintiún años que empecé a trabajar en Egipto ... En aquellos días la pirámide de Khufu [Keops] era nuestra frontera histórica ... La situación es ahora completamente diferente. La historia monumental ha retrocedido hasta el verdadero inicio de las fuentes escritas, que han sido confirmadas por entero ... La arqueología está más documentada que la de la mayoría de nuestros países: ni una vasija o un collar, ni un adorno o una escultura, sino lo que se encuentra in situ con ejemplares conocidos, y puede ser fechado con exactitud. La conexión con Europa ha sido retrotraída al inicio de los documentos griegos, y después hasta época micénica ... Egipto es la sonda para el ilimitado abismo de la historia europea.⁴⁴

Sorprendentemente, Petrie subestimó la influencia de su obra sobre los prehistoriadores europeos. Una vez que los partidarios de la cronología baja habían sido desacreditados, la autoridad de Egipto y el Próximo Oriente, tanto cultural como cronológicamente, llegó a ser total. Por ejemplo, Montelius admitió que «en una época en que los pueblos de Europa no tenían, por así decirlo, civilización de ninguna clase», el Próximo Oriente había desarrollado ya culturas florecientes. La Europa prehistórica desempeñó un papel secundario, pasivo: «la civilización que surgió gradualmente en nuestro continente fue durante mucho tiempo sólo un pálido reflejo de la cultura oriental».⁴⁵

La idea de que las innovaciones culturales se habían extendido a través de una Europa «bárbara» mediante un proceso de difusión gradual a partir de las «altas civilizaciones» de Egipto y Mesopotamia parecía lógica sólo en una época en que política mundial significaba política imperial. Esto también se adaptaba al prejuicio cristiano de creer que la civilización se había originado en el Próximo Oriente, donde la Biblia naturalmente localizaba los primeros progresos del hombre.

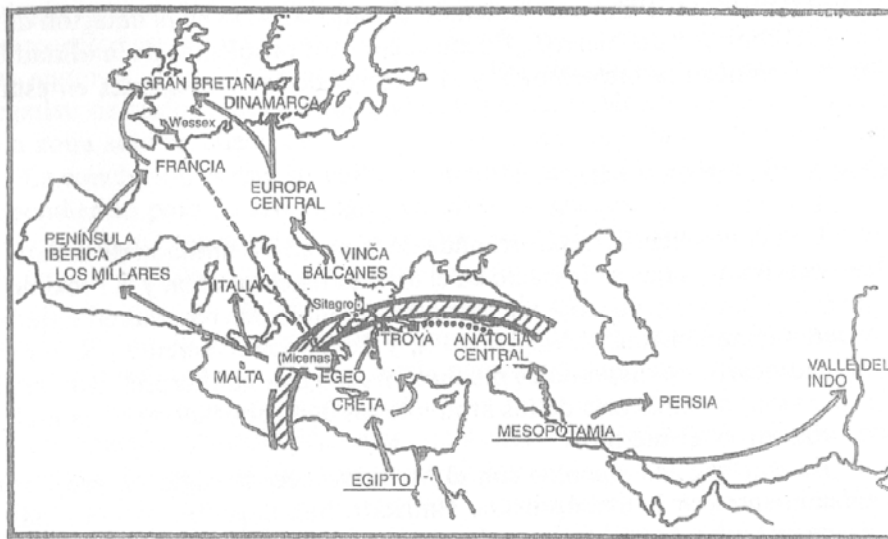
Una razón posterior, negativa, para la continuada popularidad del punto de vista monteliano empezó a cobrar gran importancia en los primeros años del siglo XX. En esa época, otra teoría general sobre el desarrollo cultural propuesta a los prehistoriadores europeos era la tesis nacionalista y racista de Gustaf Kossinna, fundador de la Sociedad para la Prehistoria Alemana. Los especialistas acogieron su útil idea de una cultura arqueológica (un pueblo que compartía la misma cultura material y espiritual), que podía ser convenientemente definida a partir de yacimientos importantes como el de Hallstatt. Aunque no se opusieron a la idea general de movimientos raciales

promotores de cambios sociales, rechazaron con firmeza la opinión de Kossinna de que todas las innovaciones se debían a las migraciones de la «raza dominante» alemana. En vista de los terribles resultados engendrados por semejante credo a fines de la década de 1930, los arqueólogos retornaron a la idea de que la civilización había sido difundida por pequeños grupos de comerciantes desde el Próximo Oriente más que impuesta por arrolladores movimientos de pueblos.⁴⁶

Sin embargo, en los años de posguerra se comprobó cada vez más que la Europa «bárbara» no podía ser considerada simplemente como un lugar apartado de la civilización.⁴⁷ Algunos siguieron aferrándose a los preceptos tradicionales, entre ellos Atkinson, quien tuvo que recurrir a un errante príncipe micénico para explicar el elevado nivel arquitectónico desplegado en Stonehenge. Había también razones más prácticas por las que resultaba difícil descartar la difusión. Así como ésta suponía una explicación conveniente para el cambio cultural, proporcionaba la única fuente posible de fechas absolutas para el conjunto de la Europa prehistórica: las transmitidas a través de Italia y Grecia desde las respetadas cronologías de Egipto y Mesopotamia, aparentemente basadas en la astronomía.

EL RADIOCARBONO Y LA MUERTE DE LA MANÍA DIFUSIONISTA

En 1952 se descubrió una técnica de datación completamente nueva, la cual iba a provocar posteriormente el fracaso del difusionismo como explicación general. El método del radiocarbono, un modo científico de datar los materiales orgánicos (véase el Apéndice 1), supuso la primera comprobación independiente de la edad de las culturas prehistóricas. Los resultados del radiocarbono, especialmente los calibrados con las fechas de la dendrocronología, demostraron que la mayor parte de las fechas tradicionales proporcionadas por las conexiones difusionistas entre el Próximo Oriente y Europa no podían seguir manteniéndose.



MAPA 1. La falla cronológica de la prehistoria europea, según Colin Renfrew (1973). Separa el sudeste de Europa, que todavía utiliza la datación histórica tradicional, del resto del continente, que actualmente emplea el método del radiocarbono.

Las culturas del neolítico y del bronce antiguo en Europa fueron elevadas unos 1.000 años o más hasta una antigüedad completamente inesperada. Diversas técnicas consideradas tradicionalmente como procedentes del Mediterráneo oriental (como el trabajo del cobre) resultaban ahora haber comenzado mucho antes en Europa. La «revolución del radiocarbono» condujo al dismantelamiento del esquema difusionista y al trazado de una «falla» cronológica y cultural, como la concibió Colin Renfrew, entre la Europa prehistórica y el Próximo Oriente antiguo durante el tercer milenio y principios del segundo a.C.⁴⁸ Dicho cambio ha dejado una marca indeleble en la prehistoria europea. Las especulaciones sobre si los micénicos construyeron las primeras fases de Stonehenge son ahora impensables. Los principales avances de la prehistoria europea no dependían de una simple cadena de difusión desde el Próximo Oriente.

Por otra parte, no estamos mirando simplemente el reverso de la moneda. Ni, por supuesto, la falla de Renfrew ha roto todos los lazos entre Europa y el Próximo Oriente. Los de finales de la edad del hierro persisten y no se han visto afectados por la datación del radiocarbono. La precisión de los tests de radiocarbono ha probado bastante bien la existencia de grandes diferencias en el tiempo, como, por ejemplo, los 500 años que median entre

la construcción de Stonehenge y la tumbas de fosa de Micenas. Pero la incertidumbre estadística inherente al método indica que los resultados del radiocarbono no son tan útiles cuando la polémica se refiere a pequeños lapsos de tiempo de uno o dos siglos.

Así pues, ¿qué impacto ha tenido el radiocarbono en la datación de las edades del bronce y del hierro? ¿Puede aclarar los problemas de la «Edad Oscura» que complican la arqueología y la historia de tantas regiones en esta época?

DE STONEHENGE A MICENAS

Una consecuencia desafortunada de la precisión limitada de la datación por radiocarbono es que su impacto en el Mediterráneo oriental y el Próximo Oriente ha sido, como mucho, sólo marginal. Las cronologías basadas en Egipto se consideran generalmente ya establecidas, y de los relativamente pocos resultados del radiocarbono disponibles muchos chocan con la interpretación actual. Por esta razón, a la mayoría de los arqueólogos dedicados a esta zona no les acaba de convencer el método.

En Europa, los vínculos con el Mediterráneo del siglo VI, proporcionados inicialmente por la necrópolis de Hallstatt, han llegado a ser aún más sólidos desde la época de Montelius, y las fechas son confirmadas ahora por la «dendrocronología» local, elaborada a partir de estudios sobre los anillos de los árboles (véase el Apéndice 1). La datación por la medición de los anillos de los árboles ha obtenido resultados definitivos para las primeras fases de la cultura de Hallstatt.⁴⁹ Lazos indiscutibles con el Egeo a través de Italia son raros antes del 600 a.C., y faltan por completo durante las largas Edades Oscuras del mundo mediterráneo, entre los siglos XII y VIII. A falta de una evidencia más firme, se han utilizado sincronismos de fiabilidad extremadamente variable para crear un esquema de datación que cubriera la mayor parte de Europa, como se ve en el cuadro 1.1.

La cronología tradicional, no por radiocarbono, para la edad del bronce de la Europa central ha seguido basándose, por supuesto, en los fundamentos de Montelius y Reinecke. El avance más importante desde la época de éstos

ha sido la creación de un amplio sincronismo entre la cultura de los campos de urnas antiguos (del bronce D a Hallstatt A2, según el sistema de Reinecke) y el mundo micénico desde la época anterior a la Edad Oscura. La civilización micénica es dividida en una serie de fases del «heládico reciente», basadas en los cambios en la tipología de la cerámica. De ellas, el heládico reciente IIIB (HRIIB) se considera en general como paralelo al bronce D de Reinecke, y este último se sitúa, en consecuencia, en el siglo XIII.⁵⁰ No obstante, la mayor parte de las supuestas conexiones de las que depende esta conclusión están abiertas al debate. En Europa han aparecido yelmos y espadas aparentemente de tipo micénico, pero la mayoría son descubrimientos casuales, sin contexto, y, por tanto, sin valor cronológico real.⁵¹ Incluso los pocos hallados con otros objetos no son admitidos sin discusión. Por ejemplo, la espada Orskovhede de Dinamarca, descrita con frecuencia como un arma micénica, fue rechazada por Harding como «claramente» de tipo local, sin «absolutamente nada que ver con las espadas egeas».⁵²

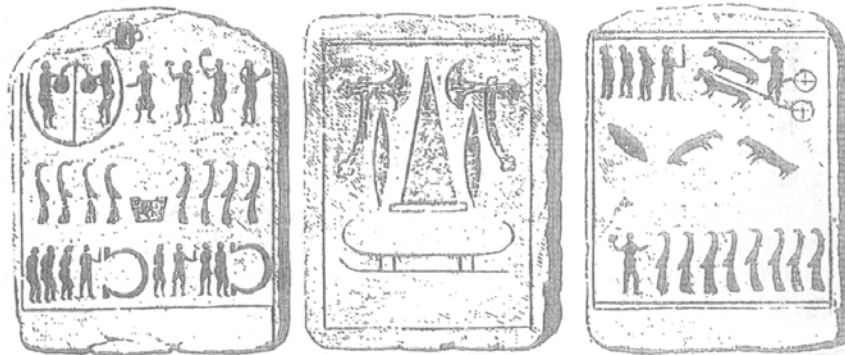


FIGURA 1.5. Estelas decoradas del enterramiento de la edad del bronce de Kivik, en el sur de Suecia, excavado en 1748. Se creyó que reflejaba una influencia micénica, aunque algunas escenas son claramente nórdicas, como la de los hombres tocando el cuerno (Du Chaillu, 1889).

En lugar de conexiones directas y fiables entre Europa central y Micenas, se han forjado lazos a través de la rica cultura del bronce de Peschiera, Italia (véase el capítulo 2). El miembro europeo de la ecuación es válido, ya que muchos bronce de Peschiera son idénticos a los tipos del bronce D. Sin embargo, la parte micénica es menos clara. A veces, aparece en Italia material micénico junto a bronce de Peschiera, pero normalmente en

contextos difíciles de situar dentro de la secuencia local.⁵³ La situación en Grecia es distinta, ya que el material micénico es bien conocido y tiene una cronología relativa clara. Por otra parte, existen en Grecia pocos bronce de manufactura itálica.⁵⁴ A pesar de ello, un cierto número de hallazgos de estilo Peschiera presentan asociaciones de fácil datación, en particular las fíbulas halladas en varias tumbas con cerámica HRIIB.⁵⁵

En conjunto, hay evidencias suficientes para concluir que el bronce D de Reinecke, el complejo de Peschiera y el HRIIB se solapan hasta cierto grado. Ello no quiere decir, sin embargo, que podemos considerar simplemente el bronce D de Reinecke como el equivalente temporal del HRIIB, ya que la flexibilidad en la datación del material itálico afecta obviamente a la cronología de la Europa central. Harding, en su discusión sobre las fíbulas halladas junto a cerámica del HRIIB, observó que aunque este hecho indica que el bronce D empezó en el siglo XIII, «no hay razón suficiente por la que no pudiera continuar después del año 1200 a.C.».⁵⁶ En efecto, Nancy Sandars, la gran autoridad en espadas prehistóricas europeas, ha propuesto una fecha para el bronce D un siglo entero más baja que la generalmente aceptada.⁵⁷

A causa de estas dudas, algunos prehistoriadores han intentado elaborar una nueva cronología para la edad del bronce europea basada en fechas de radiocarbono, con la esperanza de sustituir el «inseguro marco de cronología relativa que tan cuidadosamente se ha construido».⁵⁸ Los escasos resultados del radiocarbono disponibles inicialmente situaron el bronce D en los siglos XIV a XIII a.C., contradiciendo así las fechas tradicionales de los siglos XIII a XII para el período tomado de Grecia a través de Italia.⁵⁹ No obstante, la evidencia más reciente, más que elevar las fechas del bronce D, indica que su datación tradicional puede ser en realidad demasiado alta. Los datos de radiocarbono relativos a la cultura de Wessex en la región de Stonehenge (normalmente relacionada con las tumbas de fosa de Micenas y el bronce B de Reinecke) dan fechas entre 1500 y 1200 a.C.⁶⁰ Más significativa es una conclusión similar obtenida en Dinamarca para el período II de Montelius (equivalente al bronce B-C), puesto que se basa en numerosísimas pruebas de radiocarbono sobre los anillos exteriores de los ataúdes de roble y otros objetos funerarios de madera. Combinadas, ambas fuentes datan dicho período en 1500-1200 a.C.⁶¹

CUADRO I.I. Esquema generalmente aceptado de la cronología entre la edad del bronce final y la edad del hierro en Europa septentrional, dividido en bloques de 100 años. Los períodos enumerados para el norte de Europa son esencialmente los establecidos por Montelius. Las fases de Europa central siguen el esquema de Reinecke, según el cual las fases Hallstatt A-D representan la edad del hierro. El agrupamiento de estas fases en tres culturas sucesivas recalca los aspectos que se consideran de transformación social significativa dentro del período, como los cambios importantes en las prácticas funerarias. La cronología europea se basa en sus lazos con los períodos griegos (las divisiones en siglos no se aplican a estos últimos).

Fecha (a.C.)	NORTE DE EUROPA	EUROPA CENTRAL	GRECIA	
1500		Bronce B	HRII	
1400	Período II	Bronce C	HRIIIA	
1300				
1200	Período III	Bronze D	HRIIIB	
1100		Hallstatt A1	HRIIIC	
1000	Período IV	Hallstatt A2	EDAD OSCURA	
900		Hallstatt B1		
800	Período V	Hallstatt B2		Tardogeométrico
700		Hallstatt B3		
600	Período VI	Hallstatt C	Protocorintio	
500		Hallstatt D	Corintio	

El efecto de rechazo de estos dos estudios hizo bajar la fecha para el bronce B a C (tradicionalmente, 1500-1300 a.C.) en, al menos, un siglo. Ahora bien, ¿supone esto la disolución de los vínculos entre la edad del bronce europea y la del Próximo Oriente? Las dificultades para establecer una sincronía entre la edad del bronce de Europa y el Egeo indican que estas fechas no tienen un impacto inmediato sobre el Mediterráneo, pero apuntan la posibilidad de una cronología rebajada también allí. Lo ideal sería, por supuesto, evaluar las dos cronologías utilizando series paralelas de fechas de radiocarbono procedentes de ambas regiones, con el fin de compararlas. Por desgracia, a causa de la actitud negativa de tantos arqueólogos que trabajan en el Mediterráneo oriental, para esta zona sólo se puede disponer de unos pocos resultados de radiocarbono.

La conclusión es que las culturas prehistóricas del sureste de Europa siguen dependiendo para su cronología, en diversos grados, de los contactos con la civilización micénica, y ésta, a su vez, se fecha por sincronismo con la cronología egipcia establecida. Lógicamente, podría esperarse que cuanto mayor fuera la aproximación al Mediterráneo y la vinculación con Egipto, más exactas serían las fechas, lo que permitiría el desarrollo de una cronología de mayor precisión y fiabilidad que la que puede ofrecer el radiocarbono.

Un examen más profundo revelará un panorama muy diferente, en el que la investigación arqueológica ha estado siempre dominada por tormentosas discusiones sobre la datación. Los especialistas en los campos afectados por estos debates se han dirigido una y otra vez a los problemas sin resolver esbozados al comienzo de este capítulo. ¿Sería posible que hubiera algo drásticamente equivocado en el cuidadoso proceso de elaboración de la cronología del mundo antiguo? Dado que Italia actúa de bisagra entre las secuencias de datación de Europa central y las del mundo egeo, nuestra investigación se inicia con las, al parecer, inexplicables «Edades Oscuras» de la arqueología y la historia del Mediterráneo central y occidental. La conclusión es sorprendente.